

Luis Horacio Durán

Hace 20 años, con motivo de su primera salida pública al campo de la Poesía, Luis Horacio Durán, estudiante y casi adolescente entonces, me pidió un prólogo para su primicia poética *Caminos de Silencio*. Más que la relación formal de maestro-alumno, fue el imperativo de la amistad -amistad no impedida por la diferencia de edades- lo que me llevó a escribir unas palabras de compañía, expresadoras de mi actitud de escudero en la aventura del nuevo caballero andante de la poesía por aquellos Caminos de Silencio.

A su primera salida siguieron venturosamente otras -signo de una fidelidad ejemplar a la vocación y al don de la poesía: así, *Segundo Camino*, *Primavera Fiel*, *Canciones de nochebuena*, *De la Sangre Rebelde*, *Los ojos de tu Sangre*. Y en cada una de ellas, la afirmación progresiva de la voz, el dominio sobre la palabra, la maduración del sentimiento y la profundización de la experiencia y de la intuición.

Luis Horacio Durán es hoy un poeta afincado en un prestigio que no hace sino acrecer el libro que nos presenta esta noche: *Meditaciones de Verano*. A 20 años de “Caminos de Silencio”, me toca en suerte -bajo el requerimiento de la misma, ininterrumpida amistad- acompañarlo en esta presentación que para el poeta sigue teniendo el carácter de aventura. Sólo que ahora Luis Horacio no necesita escudero; de ahí, que mis palabras han de ser en esta ocasión, ya no de sostén ni de estímulo, sino de gratitud, la gratitud que debemos al artista por hacernos partícipes y enriquecernos con el don de su visión poética.

A esta visión voy a referirme.

Meditaciones de Verano como toda la poesía de Luis Horacio Durán y, en general, como toda poesía lírica, reconoce como centro el amor. El libro entero, en efecto, gira en torno de este sentimiento cardinal. Su voz no se expresa, sin embargo, por un cauce único, sino por dos vertientes distintas: la vertiente poética profana y la vertiente poética religiosa, predominando en ambas, como tema de fondo, el drama de la limitación humana para la plenitud unitiva del amor; limitación, por otra parte, inevitable, porque la individualidad

con que la materia nos sella en nuestra existencia terrenal es la semilla de tragedia que se esconde en todo amor, profano o religioso.

Bajo este sentimiento general, en la vertiente profana, el amor se dirige sobre todo a la amada, sobreañadiendo el tono nostálgico, melancólico de una actitud evocativa en la que están presentes los acentos de Heráclito, el oscuro filósofo de Éfeso (“Todo cambia, nada permanece. No nos podemos bañar dos veces en el mismo río, porque nuevas aguas corren tras las aguas”) y de Pablo Neruda (“Todo se va en la vida, amigos, / se va o perece. / Se va la mano que te induce, / se va o perece. / Se va la rosa que desates, / se va o perece. / También la boca que te bese.”).

Acentos, tono y sentimiento que de modo reiterado corren, como explícito o secreto escalofrío, en toda la obra:

“Todo lo de ayer quedó perdido,
borrado para siempre.”

“Y vivir lo que ahora
parece que se escapa
dejando solamente su vacío en la boca”

“El camino es difícil porque siempre
algo se queda en cada paso muerto.”

“Estar triste es pensar en todo lo que fuimos”

“Lo que ayer esperé, ya no lo espero.”

...

“Hace quizá unas horas, unos meses, unos años,
que era otra la voz, otro el acento,
que fue distinto el corazón
y era tan diferente el sueño.”

“Te cambió el esperar y la conciencia
del andar y del paso y del destino...”

A esta constatación afectiva de la transitoriedad, mutación y caducidad universal el poeta sólo puede oponer la salvación por el recuerdo, que es para él:

“Una calle quieta
una tarde arropada en el invierno
con un poco de niebla.”

La memoria, en efecto, es un modo de rescate, tal vez el único, de las mordeduras inexorables del tiempo, de la distancia y de la muerte. Por ello el poeta puede decirnos que “no muere totalmente todo”: “quedan huecos de luz en la memoria”, “polvo del camino entre la piel”. La memoria, el recuerdo, es nuestra “ancla en el tiempo”, como diría Maillefert. De ahí la afirmación categórica, tajante de Luis Horacio:

“Han de cambiar las cosas y los días
pero no olvidaré”.

Es este mismo afán el que lleva a la memoria a pretender decantar la imagen de la amada. El poeta la quiere ver siempre como en aquel momento único que trascendió la temporalidad, insertándose en el dominio de lo eterno:

“Tu sonrisa y tus ojos de aquel día
se quedaron cautivos
en un trozo de tiempo que es solamente mío.”

La memoria, empero, no escapa a la limitación humana: el recuerdo no está exento de los deterioros del tiempo. Las imágenes tienden a debilitarse, a borrarse, a confundirse, a entremezclarse:

“No hay tiempo ya, la mano abierta
no alcanza los recuerdos que se pierden
pues sólo quedan como sombras vagas
en un camino que se desvanece.”

“¿Cómo fueron tus ojos esa noche?
¿De qué color fue tu mirada?
¿Cuál fue tu voz entonces
o cuáles tus palabras?”

“Sé que fuiste una tierra fértil indecisa,
tímida, silenciosa, apresurada,
galopando entre un viento endurecido”.

Por ello, la súplica brota espontánea:

“Vuelve hacia aquella noche”
“Resucita la sangre
que tuvimos entonces”

A pesar, pues, de la decantación, la zozobra de la memoria es inevitable. Aun en el recuerdo las imágenes se dan en fragmento, escamoteando –dice el poeta- “tu verdadero nombre, impreso en tus manos y tu cara”. Más que un filtro, el recuerdo es esa veladura que el poeta se esfuerza por romper sin conseguirlo del todo. Si, por ejemplo, nos dice en un poema:

“Hoy, sobre el horizonte más lejano,
difusa por la luz de la distancia,
apareces de pronto, nuevamente,
para quedarte entre las manos
como si se pudiese capturar el agua”.

“Fuiste una voz tranquila...,
delgada y suave como el agua
-transparente cristal que nada empaña...”

En otro, en cambio, el pensamiento se declara titubeante, preso de una duda que no llega a resolverse sino en una idealización compleja:

“Te pienso así, como quizá no eres:
como un verano tibio
en donde suavemente
el árbol nace fuerte junto al río”

“Suave como las alas de los pájaros
sobre la tarde quieta
o como el trigo verde de los campos...”

Pero, ¿es realmente así? ¿Acaso esta imagen no estará construida con las “imágenes de un sueño”

“hechas quizás de otras memorias
y de muchos y múltiples recuerdos”?

“Pienso que eres así, a veces nieve,
luz que da la montaña contra el frío,
a veces primavera
que se despierta lentamente...”

“pienso también que eres verano
-tormenta y estallido-
que tu voz es el viento arrebatado
que arranca de la tierra
el fruto tantas veces prometido.

Tal vez también eres otoño
-árbol donde la savia hierve en la madera...”

“eres así, de todas formas,
y de todas maneras
verano, otoño y río
y también primavera,
nieve y árbol y viento
hecha de todos los recuerdos
y de todos los sueños escondidos.”

La poesía que fluye por estas *Meditaciones de Verano*, toda ella obediente a esta actitud evocativa y melancólica, trasciende, desde luego, del amor a la amada, al amor a los padres:

“Cómo recuerdo aquellas manos (le dice a su padre)
que descuidadamente daban sus caricias...”

“Cómo ansía este silencio tus palabras,
aquellas tan sencillas
que, sin decir de nada
de todo lo decían.”

“Cómo extraño los ojos que al mirarme
todo lo comprendían.”

Y hay en este orden del amor filial un poema en que el poeta, con emocionado fervor, exalta el misterio de la perduración de la madre distante y el milagro del renacimiento de su imagen y de la voz con que la canta, al descubrirla eternamente encadenada a su propia sangre. Es el poema intitulado “La voz resucitada”.

Mucho quedaría por decir de la visión poética de Luis Horacio Durán en esta vertiente del amor humano. Por ejemplo su concepción –en consonancia con la transitoriedad de las cosas- de la vida como camino; camino, a veces de silencio y de soledad, a veces de compañía silenciosa o de soledad compartida; camino siempre azaroso por el que el poeta transita con el dardo de dolor clavado en el flanco.

“Nos ha tocado caminar
un intenso verano
de vientos fuertes y de airada lluvia

y de sol duro entre los labios.”

“Es difícil vivir sintiendo un grito
que no puede nacer o nace muerto
y la voz queda opaca, oscurecida
apenas sostenida por el viento.”

“A veces si se llora
sólo se hace por dentro.”

“Siento el miedo guardado
que sale al fin
como hielo en los ojos
y silencio en los labios”.

Silencio, silencio ambiguo, ambivalente, porque si aparece en ocasiones como expresión de la mayor elocuencia -“siempre ha dicho más el silencio que los labios”- y se califica como “un silencio que comprende y no necesita de palabras para ser escuchado”; en otras, en cambio, es motivo para que el poeta exprese el dolor, el pesar por lo no dicho, por lo que tal vez ya no se dirá nunca. ¿Cómo, por ejemplo, será el propio poeta recordado? “La memoria –le dice a la amada- sólo te bastará para encontrar unas cuantas palabras que te he dicho y el gran silencio que me envuelve ahora”.

“Meditaciones de Verano” es felizmente una rotura a este silencio. El poeta se decide a hablar, aunque la palabra sea para él deficiente y borde sobre la limitación y la caducidad de la voz. Ya en el soneto liminar nos dice:

“Esta palabra a veces escondida

es todo lo que tengo para darte,
se fraguó en el silencio de esperarte
y de tanto esperar está dormida.

...

deja que viva entre la voz abierta,
escúchala en tu sombra protectora,
aunque luego contigo quede muerta.

Y más adelante, en otro soneto:

“Si lo que siento ahora no lo digo,
jamás te lo diré, quedará muerta
una palabra que asomó a la puerta
y no encontró en la voz final abrigo.

mañana no estaré, me habré marchado
y sólo llevaré como equipaje
el recuerdo de aquello que te he dado”.

En realidad, los 16 sonetos de caminante con que se abre el libro señalan el clímax de la temática de fondo y de los temas subsidiarios que he ejemplificado hasta aquí. El dramatismo, sin embargo, se hace en ellos más tenso y cala más hondo, no sólo porque el poeta parece sucumbir ante una situación límite y cerrar a su corazón toda salida a la esperanza, sino por el contrapunto emocional que traza entre la posesión de una jubilosa primavera y la pérdida, aparentemente definitiva, de ella:

“Nació la primavera un tibio día
que se formó en la sangre de repente
como junio forjado en el Oriente
a la respuesta de su fantasía.

...

Lo llenó todo con su tibio fuego,
con su canto de risas y de flores,
con su luz, con sus voces, con su juego.

Los ojos aprendieron sus colores
y se llenaron de ella para luego
enseñar a la voz con sus rumores”.

Y en contrapunto de este sentimiento de felicidad explosiva:

“ya no habrá de volver la primavera
que hiciera entre la sangre su paisaje
y en ella se quedara prisionera.

no volverá a la voz con su mensaje
ni ha de llenar el corazón siquiera
con su presencia viva para el viaje”.

Todo parece despeñarse de esta última certidumbre: la soledad, el silencio, el desamparo, el sentimiento de la pérdida total, la desesperanza, la visión desilusionada de la

vida como una suma de muertes y el pesimismo que logra hacer trizas el valor del recuerdo y de la memoria:

“Todo lo que ha pasado ya no es mío.
esta hora que vivo es transitoria
lo que ha quedado atrás es la memoria
y lo que resta es un sentir vacío.

Lo que hoy estoy viviendo es como un río,
una corriente azul contradictoria;
luego será una muerte sin historia
cuando se haga recuerdo duro y frío.

Ya todo lo vivido es la lejana
larga sombra extendida en el paisaje
que parte de la huella más cercana.

Y poco importa el ahora o su mensaje,
si al fin lo que he de caminar mañana
quedará también muerto sobre el viaje.”

Es, sin embargo, en la vertiente religiosa donde Luis Horacio Durán alcanza, a mi juicio, con singular maestría, la cima poética más alta. Yo no recuerdo desde la poesía del Padre Alfredo Placencia –con la que hay que emparentar la poesía religiosa de Luis Horacio Durán- una audacia lírica, un lenguaje y un tono poético tan entrañados en el amor divino como los que se dan en los poemas que el propio poeta denomina sencillamente *Seis Sonetos del Silencio*. Los seis sonetos son un reclamo del amor, confinado por el muro de silencio y de distancia que los separa del Amor, con mayúscula, de la primavera divina. Reclamo apasionado, que alcanza en momentos la violencia del grito, la severidad y la

dureza de una increpación, y en momentos se remansa en una tierna declaración, se humilla en un conmovedor reconocimiento de la propia indignidad o se alza suplicante en la demanda de la presencia y el cumplimiento del Amor infinito.

Ningún mejor final a estas palabras con que expreso a Luis Horacio mi gratitud de lector, que la lectura pública de estos admirables sonetos.

Alfonso Rubio y Rubio